

FRAGMENTO DEL DIARIO DE MATILDE DOBLINGER

María Jesús Gutiérrez García

*(Camarera de María Carlota
Amelia Victoria Clementina de
Bélgica, Emperatriz de México y de
América. Esposa de Fernando
Maximiliano José, Archiduque de
Austria, Príncipe de Hungría y de
Bohemia, Conde Habsburgo,
Príncipe de Lorena, Emperador de
México y Rey del Mundo).*

¿Loca?. Sesenta años loca. Prisionera de palacio en palacio, de castillo en castillo. De Chapultepec a Miramar, de Miramar a Laeken, de Laeken a Terveuren y de Terveuren a Bouchout. Dicen que la locura te vino por beber toloache en Yucatán, o por beber la naranjada envenenada que te ofreció el mismísimo Napoleón Tercero y su mujer Eugenia de Montijo, para que el Emperador y tú no viviérais para contar su traición. Pero yo sé que te volviste loca cuando mataron al Emperador. Tenías veintiseis años y dicen que seguías siendo tan bella como el día de tu matrimonio, con tu cabello castaño rodeado por una corona de rosas enlazadas con diamantes. Y aún, ahora, yo no creo que estés loca. A veces te miro cuando duermes. Veo tus ojos moverse debajo de los párpados, al ritmo de tus sueños, de todo lo que has vivido en esos años de reinado y de destierro. Todo el mundo dice que duermes con la boca abierta y que babeas espuma como los locos, pero yo sé que no es verdad, porque yo te observo mientras descansas, que no siempre coincide con la noche, porque eso si lo has perdido, la noción del tiempo, postrada en tu camastro te entregas al sueño dulcemente, que no es plácido, pero tampoco como ellos lo cuentan. Ayer, cuando entré con las primeras luces del alba, hablabas

entre sueños y llamabas a Maximiliano. Le decías que ibas a reunirte con él muy pronto. Que en este tiempo habías conseguido ser mejor para él, sesenta años de camino de perfección. Que te hubiera gustado ir antes, pero que la soledad y el silencio hacen muy lento el camino. Que estabas acostumbrada a ver por sus ojos, a caminar por los valles que él te mostraba y a descubrir el mundo a través de sus palabras. Y ahora en todos estos años has enterrado a tus damas de compañía, a los príncipes y a todos los que te contemplaron en vida, como princesa y como emperatriz. Y mientras, ahora que todos han muerto, has reinventado el mundo, creándote a tí misma desde los recuerdos. Ahora eres Carlota Amelia de Bélgica, Baronesa del Olvido y de la Espuma, Reina de la Nada, Emperatriz del Viento. Es lento y no es suficiente escribirlo, porque has ido perdiendo la memoria y han habido tantas emociones, en tan poco tiempo, que necesitas descansar. No sé si llevarías otro tipo de vida, si no estuvieras prisionera en Bouchout. Cuando no escribes tampoco estás aquí. Te quedas frente a la ventana, con la mirada perdida, hacia ninguna parte. Aparentemente no percibes nada de lo que sucede a tu alrededor. Cuando entro para llevarte el cuenco de leche diario, ni siquiera me miras, pero abres la boca, para que yo te la dé a beber con una cuchara, mientras tú sostienes una de tantas reliquias del Emperador. Tu preferida es la caja de palo de rosa, que guardas dentro de la caja de zinc, que contiene un pedazo de corazón de Maximiliano y la bala que acabó con su vida en el Cerro de las Campanas. Yo sé que es una defensa, para que no te saquen de tu mundo, que necesitas ordenar y escribir. Porque quieres dejar al mundo el relato de los hechos, tal y como tú los vivistes, hasta los más mínimos detalles, para que los historiadores no se queden con la visión parcial de los cronistas, para que todo el mundo sepa lo feo que era Benito Juárez, que se lavó las manos con la sangre de tu Max después de matarlo y los bonitos ojos verdes que tenía el traidor López. Me gusta leer esos detalles que la historia no cuenta, como que tú, con toda tu belleza nunca le fuiste infiel, porque no lo necesitabas. Y que tu amor por él te hizo perdonar no sólo sus correrías y ausencias nocturnas, sino sus lágrimas por una novia a la que había querido más que a tí. Me he acostumbrado a verte así, ida y ausente, porque sé que sabes quien soy y notas mi presencia, y la agradeces, a tu manera, que es una forma que nadie entiende porque dicen que estás loca de atar, sin remedio, y yo sé que eres más inteligente que todos ellos y que para no soportar que te señalen como víctima y viuda doliente, prefieres escapar al protocolo continuado, en que se convertiría tu vida en palacio. Otras veces, mientras peino tu larga melena, que no me atrevo a cortar, aunque a veces tengo miedo de que te enredes con tus cabellos en tu deambular, lenta y pausadamente, con tus movimientos lánguidos, como si temieras despertar, aunque bien pensado

no existe tal peligro; entonces noto que tu cuerpo y tu mente se me entregan, como si me agradecieran las caricias en tu suave melena gris y nieve, porque sé que es el único contacto físico que tienes con el mundo, desde hace sesenta años, y me esmero porque sólo tú y yo sabemos que nos necesitamos. Sí, yo también te necesito, te necesito porque aprendo cosas de tí, no sólo al leer todos esos papeles que emborronas, a veces ilegibles, porque parecen escritos en otras lenguas, que sin duda conoces, aunque yo no, pero da igual, porque cuando por fin logro entender algo, me siento tan feliz, que no sé si es porque lo he entendido, o porque sigues estando viva y lúcida. Es la confirmación de que tu mente sigue funcionando. Esa es la señal oculta que no puedo leer en tu cuerpo... o que no puedo leer directamente en tus ojos o en tus manos, pero he visto otras locas y no son como tú. Claro que tampoco son emperatrices, ni hermosas... sino sucias y enfermas; y en ellas sí que se puede ver la locura en su cuerpo: caminan sin cesar de un lado para otro, se tiran al suelo, sacan espuma por la boca, o se quedan en un rincón durante horas. Tampoco saben mirar: rien, lloran, gritan o insultan, sin motivo. Tú, en cambio sólo miras en tu interior, porque yo sé que lo de afuera no te interesa y que cuanto antes termines ese viaje, antes irás a reunirte con Max. Tú lo sabes y yo también.

Hoy has cogido mi mano por primera vez y por primera vez he leído una sonrisa en tus ojos. Postrada en el lecho duro y diminuto, el tránsito de tu belleza en la tierra ha durado unos minutos. Seguramente nadie sabrá nunca que no estabas loca.